

LA PROTESTA

Precio 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

Porte pago

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

Solidaridad Internacional

El proletariado atraviesa por un momento difícil. Todo cuanto hicieron los revolucionarios de esta hora, frenéticos por conquistar el poder, no sirvió para otra cosa que para debilitar aún más las fuerzas de la clase trabajadora, ap-nas repuestas de la gran sangría abierta por el capitalismo en el corazón del mundo.

Italia, después de la guerra, fué el país más próximo a la revolución. Pero, precisamente porque la burguesía vivió momentos de pánico y hasta sintió todo el horror que le causaba el avance de la ola roja, sufrió hoy el proletariado las consecuencias de su indecisión, la amargura de la derrota sufrida en el preciso momento en que su triunfo parecía asegurado.

La reacción se mantiene en Italia feroz, sin límites, con una brutalidad inconcebible. El capitalismo quiere asegurar su dominio presente y futuro, y echa mano a todos los recursos, por más brutales y criminales que sean. ¿Quién puede contener el desborde de tanta brutalidad? Los trabajadores están divididos, desilusionados: perdieron la fe en su propio esfuerzo, y sólo una pequeña minoría trata de resistir a cuanto mercenario salió al campo de la lucha para defender a la burguesía y a las instituciones sociales en que se afianzan los privilegios.

Nuevamente arrecian los atropellos de la horda fascista. Se pretende destruir en Italia todo cuanto represente un elemento de oposición a la avaricia de los amos. Y las hordas mercenarias del fascismo cumplen esa misión salvaje y regresiva, poniendo de su parte toda la brutalidad de que es capaz una turba fanática e ignorante azuzada por los que se benefician con la destrucción, la ruina y la muerte de lo más grande que tiene Italia.

Nuevamente la Unión Sindical Italiana dirige un llamado al proletariado de la Argentina. Es un grito de indignación y un clamoroso pedido de solidaridad internacional. ¿Prestaremos oídos a ese grito que nos viene de la Italia revolucionaria, aplastada hoy por la bota ensangrentada de la reacción?

El llamado que la U. S. I. dirige a todos los proletarios, dice lo siguiente:

Camaradas:

Hasta hoy no hemos dicho una palabra a los camaradas del extranjero. Solos hemos sufrido, luchado y resistido las consecuencias de una verdadera guerra sangrienta, feroz, bestial, que la burguesía ha desencadenado hace diez años, contra nosotros, contra el proletariado.

Aún hay más. Mientras que la ráfaga de fuego y de sangre nos hería, hemos agitado en medio de tanto

LA PAZ...



No son tantos como los once millones de la gran guerra, pero se hace lo que se puede, con la ayuda de Allah... y de la civilización europea...

dolor, el dolor de tantos camaradas perseguidos, de otros países. Hemos removido la cuestión Sacco y Vanzetti, la de los hambrientos rusos, la de las persecuciones en España, etcétera.

Hoy, camaradas del mundo, os toca a vosotros ocuparos de nuestro martirio. Lo que pasa en Italia es difícil de explicar en pocas palabras; pero, camaradas, la razzia emprendida contra los proletarios que aman su causa, la destrucción de hombres, de agrupaciones y de todo lo que pertenece al proletariado sigue en aumento.

Camaradas proletarios: Tenemos las cárceles llenas de condenados a penas horribles, mientras que los que matan a nuestras mujeres y a nuestras hijas, los que asesinan familias enteras, sorprendiéndolas durante el sueño, están seguros del apoyo y protección del gobierno.

Tenemos millares de obreros, los mejores entre los revolucionarios, que después de haber visto destruída su casa por el fuego, han tenido

que huir allá donde era menos intensa la reacción, donde podían vivir desconocidos, o al extranjero.

Cada ciudad, cada aldea ha visto pasar las hordas devastadoras de los modernos bárbaros. En las provincias de Carrara y Génova; en Las Apulias, la Lombardía, el Piemonte y la Toscana, en todas las ciudades del Poé, en todas partes, madres y niños han sido asesinados ante los ojos de su seres queridos, locos de espanto; y todo esto, creedlo, camaradas, no es más que un pálido cuadro de la sangrienta realidad que tenemos ante nuestros ojos.

Nuestros camaradas se han defendido; se han desarrollado episodios heroicos que se recordarán algún día. Pero, camaradas, la lucha era desigual: todas las fuerzas del Estado, toda la burguesía contra nosotros en plena declaración de guerra; todo el peso de la ley contra nosotros; toda la impunidad para los bandidos.

Con el dinero acumulado durante la carnicería, sobre la sangre de los

pueblos y explotando la ilusión de algunos hombres generosos que creían luchar por la libertad, la burguesía ha podido organizar, armar y equipar millares de hombres a pie y a caballo, con fusiles, ametralladoras, bombas de mano y petróleo, y con todos estos petrechos se han lanzado al asalto, matando y sembrando el terror, destruyendo y saqueando las Casas del Pueblo y los locales de los Sindicatos, robando el dinero para después alzar sobre estas ruinas la bandera de la patria.

Camaradas, trabajadores del mundo!

Nosotros, los supervivientes de la batalla, continuando la lucha por la defensa de esta gloriosa Unión Sindical Italiana, que ya durante la guerra ha salvado grandes obstáculos para mantenerse frente a la reacción estatista y militarista, y que aún después de la guerra hizo sacrificios sin medida y cumplió con su deber en la lucha revolucionaria, pedimos ahora, después de mucho silencio, que los camaradas de otros países se esfuerzen en ayudarnos.

Ya en Berlín, en la Conferencia preparatoria de los Sindicatos revolucionarios, celebrada el mes pasado, logramos de la oficina provisional lo que pedíamos, es decir: un llamamiento a los trabajadores del mundo entero para la solidaridad económica. Así, mientras que nosotros logramos lo solicitado por el llamamiento de la oficina de Berlín, os rogamos remováis también en la prensa, en el mitin, en todas las ocasiones, la cuestión del proletariado martirizado.

Entretanto, camaradas del mundo entero, os pedimos expóngais ante los ojos de todos los trabajadores estos hechos, denunciando todos los atropellos de esta burguesía italiana, de este gobierno de bandidos, y nos ayudéis moral y económicamente en la lucha que mantenemos, lucha que es en cierto modo la del proletariado mundial.

Ayudadnos, camaradas, ayudadnos. Os esperamos luchando y confiando!

Por el Comité Ejecutivo de la Unión Sindical. — Armando Borghi.

DEL PAIS DEL "COMUNISMO"

Literatura subversiva

De cómo floreció la libertad en Rusia nos dan los siguientes detalles una pequeña impresión:

Nuestra editorial "Der Syndikalist" envió varios paquetes de literatura sindicalista en alemán y en ruso, a distintas direcciones de Rusia. Todos esos paquetes fueron devueltos con la advertencia rusa: "No permitido." "Der Syndikalist", enviado a unos suscriptores de Moscú, es devuelto con la misma notificación.

NOTAS

La raza vencida

Perdida, aplastada entre el enorme montón de chucherías telegráficas con que diariamente nos agobia la prensa informativa, encontramos la siguiente noticia procedente de Salta:

"Llegó un tren completo de indios del ingenio La Esperanza, de Jujuy. Como de costumbre, fueron conducidos en vagones de carga y amontonados en forma lamentable"

He aquí una noticia mucho más grande que lo que parece; una noticia que encierra toda una tragedia en cuatro renglones. Cosas que no tienen ni la milésima importancia, ocupan a veces columna y media en los enormes diarios burgueses. Sin embargo la tragedia india es pobremente noticiada. La pobreza indígena se evidencia hasta en el miserable espacio que le da la prensa.

Y sin embargo, esta noticia es una elocuente manifestación del dolor que aniquila a la desdichada raza india. Por esas cuatro palabras, dichas sin ánimo de expresar una situación especial, dicen de cómo trabajan, cómo viven la vida del ingenio, cómo se les considera y hasta cómo son remunerados los pobres hijos del desierto chaqueño.

Todo eso ya lo sabemos: trabajar doce, catorce, hasta dieciséis horas diarias; comer una bazofia indigerible, camante de varias epidemias; dormir hacinados en infectos galpones de chapas; y cobrar sus haberes en alcohol, tabaco y alguna risible prenda de vestir.

¡Ah, pero se les paga pasaje de regreso!... en vagones de carga, en los que se conducen las bestias, y como las bestias amontonados. — Son los beneficios de la civilización....

¡Indecentes!

Dos monseñores de los muchos que circulan por los corredores del Vaticano, que beben en sus cantinas y comen en sus comedores, se apropiaron, según se dice, de "cierta suma de dinero procedente de los derechos que se abonaban para permisos matrimoniales."

No vamos a manifestarnos asombrados, seguramente, porque se haya descubierto un robo en la casa que guarda los tesoros divinos. Es corriente que los robos sucedan allí donde haya valores; y en cuanto a eso, el Vaticano es una mina. De esa mina los frailes son los "mineros" y es natural que sean ellos quienes extraigan los materiales. Porque después de todo esas gentes no han de ser más devotas de un dios invisible y de dudosa existencia, que del dios terrestre, reluciente, tonante e irresistible.

Pero lo que no queremos dejar sin censura, es el haberse apropiado de dineros que ninguna persona decente debe tocar. El dinero abonado por permisos matrimoniales, no es otra cosa, si se mira con seriedad, que fruto de la prostitución. Porque los que pagan para casarse, compran la mujer para prostituir. Y los que disfrutan de ese dinero son canchifleros, aquí como allá en Roma, así vistan el repugnante indumento de nuestro "cashisho" como la rica sotana de los monseñores, o el uniforme de un comisario de policía. El fruto de la prostitución también es siempre el mismo, ya se recoja en la media o en un rico cofre

del Vaticano. Y no es persona medianamente decente quien lo gaste en su provecho. Esos frailes raspan merecen, cuando menos, una paliza. ¡Indecentes!

Lo cremos...

No tenemos nada más que decir, señor Dau. Los doce viajeros clandestinos se arrojaron al agua por su espontánea voluntad, por darse gusto de bañarse en la hermosa bahía de Rio Janeiro.

Así lo asegura el señor Dau, capitán del buque, así lo ha comprobado la policía fluminense y la prensa lo ratifica. Y nosotros lo "creemos", porque no tenemos los medios para saber cuanto dinero corrió entre el departamento de investigaciones y la agencia de Hugo Stinnes en Rio. Cuando no se puede saber ciertas cosas, no hay más remedio que creer...

Además hay en favor del capitán del

"San Martín" este otro detalle: los pasajeros de tercera se ofrecieron para declarar ante las autoridades argentinas la no culpabilidad del señor Dau en el hecho de Rio. También creemos esto, porque no conocemos a ninguno de esos pasajeros de tercera para ir a preguntarles con cuanto había comprado el capitán esa espontaneidad.

Y es por todas estas consideraciones que no tenemos nada más que decir respecto a este asunto. Seguiremos creyendo que aquellos portugueses se arrojaron al mar por su propio gusto, porque así lo asegura el capitán Dau, la policía de Rio, y la prensa de aquí, de Montevideo y del Brasil.

Pero podía darse el caso de que algunos de esos pasajeros de tercera que conocen bien el hecho, viniese un día y nos dijese que las cosas habían sucedido como informó el telégrafo en el primer momento.

Y entonces habría llegado el momento de decirles a Dau, a la policía brasileña y a la prensa:

Señores: todos ustedes han mentido como unos canallas.

Las claudicaciones del bolcheviquismo

Cuando la revolución rusa, juzgada a través de sus manifestaciones violentas, constituyó una incógnita para todos—visión terrorífica para el capitalismo; inquietante esperanza para el proletariado—resultaba tarea imposible buscar en la prensa burguesa elementos de juicio para orientarse en el caos de informaciones, parciales y tendenciosas, que hacían circular las grandes empresas periodísticas y telegráficas, monopolizadoras de la opinión pública... Pero, por lo mismo que los escritores y gaceteros al servicio de la burguesía se empeñaban en presentar a los bolcheviquis como los peores enemigos del orden social... por lógico contraste con la prédica reaccionaria de la prensa rica, las repetidas tentativas de aplastamiento de la revolución rusa, el bloqueo decretado por los gobiernos alemanes y las incursiones de los generales zaristas al servicio de la Entente, todas nuestras simpatías estaban con el pueblo ruso. Además, en el período destructivo, antes de que el partido comunista hubiera afianzado su Estado e impuesto su autoridad, la revolución rusa no estaba limitada a las estrecheces de un dogma político y poseía toda su fuerza inicial, amenazando a todo el mundo burgués con un desbordamiento incontrolable de energías en la Europa conyulsionada.

Hoy las cosas se presentan de una forma distinta. La prensa capitalista no relata novelas terroríficas para presentar ante sus medrosos lectores, cuadros de terror, de espanto, de pesadilla. Lenin es un hombre práctico, previsor, ordenado. El bolcheviquismo, aparte de su origen turbulento, despojado de su natural demagogia, resulta conciliable con la concepción moderna del capitalismo, que se democratiza en sus formas externas y sigue el proceso de centralización previsto por Marx. ¿No veis cómo la prensa burguesa, con lenguaje mesurado y hasta elogioso, comenta las alternativas de la política rusa, los cambios en el régimen económico del gobierno soviético, entendiéndolo la posibilidad de una estrecha colaboración con los ex bandidos bolcheviquis?

Las conferencias de Génova y de La Haya, fracasadas (en su significación internacional) por culpa de las intrigas, los recelos y el choque de intereses de los diversos grupos capitalistas; son, sin embargo, el preludio de la total bancarrota del dogma marxista. La revolución fué detenida, sofocada, acogotada por el partido bolcheviqui. Quedaba en pie, como única conclusión del enorme esfuerzo del pueblo ruso, el Estado soviético: Estado que pretendía encarnar las aspiraciones del proletariado y constituir una

garantía para sus conquistas en esa lucha de cinco años. Pero hasta eso se perdió. El gobierno comunista, de transición en transición, retorna al viejo sistema de la propiedad privada, de los monopolios y la explotación por parte de empresas privadas, hace concesiones a capitalistas extranjeros y hasta restituye la tierra y los establecimientos industriales a los antiguos amos. ¿A que queda reducido, pues, el Estado comunista, o colectivista, de los bolcheviquis?

Sin peligro de que se le tache de parcial—puesto que los únicos que hoy combaten a los bolcheviquis y a su Estado dictatorial son los anarquistas—reproduciremos parte de un artículo escrito para "La Nación" de esta capital, por un periodista burgués residente en París

José Jerique, que demuestra conocer a fondo las teorías marxistas, titula su artículo "Las claudicaciones del bolcheviquismo", y basa su crítica en hechos recientes, en actitudes de los gobernantes comunistas, comparadas con su programa revolucionario y en relación con las concepciones políticas y económicas de Marx, el inspirador de los hombres que asumieron la responsabilidad de crear un régimen social en la Rusia revolucionaria.

De la manera como los comunistas trataron en todo momento de imponer su Estado y de centralizar todo el poder en sus manos, nos dá cuenta el citado escritor en los comentarios que transcribimos a continuación:

"Dos meses después de haberse instaurado la República federativa de los Soviets rusos promulgábase un decreto con fecha 27 de enero de 1918 que está conceptualizado como la ley fundamental de la Socialización de las tierras. De una pluma quedaron derogados los derechos de propiedad privada sobre el suelo, subsuelo, aguas, riqueza forestal y fuerzas todas, en una palabra, de la Naturaleza. Sin pago de indemnización o cánón las tierras pertenecerían a aquellos que las trabajarán; pero—primera cortapisa—el Estado, representado por los órganos oficiales del Poder, ejercería el derecho de disfrute de las tierras inspirándose en un solo fin: el de utilidad pública. El Estado, pues, vino a ser el Moloch de esta expropiación, pero dando, a su vez, el derecho de disfrute, 1.º a las Asociaciones consideradas de utilidad pública, 2.º a los Municipios rurales, Asociaciones fraternales y Sociedades agrícolas, y 3.º a las familias y a los individuos o personas sin familia. Era el derecho de propiedad lo que transfería el Estado a podían trabajar, sin más amo que el

Estado, y con un fin útil para la Nación; o sea, sin beneficios personales para el trabajador. Y dentro de esta nueva forma de explotación de las tierras del Estado prefería las colectividades al trabajo autónomo o individual... Socialismo puro, se dirá. Perfectamente. Socialismo puro, por cuanto el derecho a la tierra no era el "jus abutendi" que es la definición de la propiedad, según todos los códigos al uso, y estaba, por el contrario, basado en el principio marxista: el trabajo es la sola fuente del derecho. La aplicación de la doctrina—cosa muy humana—levantó, enseguida, diferencias entre socialistas revolucionarios y bolchevistas puros, mejor dicho, leninistas. Los primeros consideraban como modelo ideal de explotación terrera el "mir" o municipio rural, obediente a reglas rudimentarias de un reparto equitativo y sazonado con reseñanzas de las remotas asociaciones de la humanidad. Los leninistas defendieron la creación de grandes almacenes de géneros y de primeras materias, propiedad del Estado (gran Moloch) controlado y repartido por el Estado. La moneda, pues, desaparecía como instrumento de cambio. Desaparecían, igualmente, los intermediarios—el comercio.—Y el Estado, por sus órganos locales dependientes del poder central, haría el reparto de las riquezas nacionales centralizadas en sus manos, entre toda la población rusa. La concentración económica de todas las fuerzas productoras, era la concepción científica del marxismo soñado por Lenin y sus corifeos. Como buenos teóricos trazaron sobre el papel todo el plan. Pero, en su abstracción no se detuvieron a considerar el verdadero estado, ni de la Rusia agrícola ni de la Rusia industrial. En países como Bélgica, Francia, Alemania, en que el aspecto industrial y el agrícola alcanzan un vastísimo desarrollo, acaso el ensayo para alcanzar un estado socialista de cosas, diese mejores resultados que los que han obtenido los bolchevistas rusos. Hinchando él o los monopolios hasta que acaben por reventar, según decía Prödhon, se llega a la socialización. Pero es necesario que para ello exista la materia objeto del o de los monopolios, como en Alemania, Francia, Bélgica. En Rusia apenas si había de qué. La industria, alimentada por capitales y técnicos extranjeros, estaba poco menos que en mantillas. La agricultura reunía las formas medioevales, con excepción de la esclavitud jurídica abolida por Alejandro II. Medio millón de propietarios eran los amos y señores de las tierras. Noventa y tantos millones de mujeres las ponían en cultivo. Medios de cultivarlas: rudimentarios, primitivos, salvo en los grandes dominios de la corona, del clero y de contados nobles que explotaban sus propiedades científicamente y de cara a Europa y a América. Decreto sobre decreto estableció el régimen socialista. Se empezó la casa por el tejado. Y, cuando se advirtió el error, creyeron rectificarlo con los medios científicos, de que Rusia hasta entonces careció. Se crearon explotaciones modelos, se trató de dar a los campesinos una cultura agrícola que no querían, puesto que lo que querían era la propiedad y reparto de las tierras que venían trabajando. Por la persuasión se intentó la explotación colectiva. Fracásó el intento porque se quiso resolver la cuestión agraria contra los sentimientos verdaderos de las masas campesinas. Aspiraban estas desde la primera revolución a tener sobre las tierras un derecho normal, duradero y definido. ¿No era esta la solución que se imponía después de la derrota del enemigo secular, el poseedor, en grande, de las tierras? Y, he aquí que el viejo propietario era substituido por otro, infinitamente más poderoso y más exigente: el Estado comunista. Aparte de que los mismos bolschevistas, para llegar al poder, no repararon en estimular los viejos instintos de posesión de la tierra que dormitaban en cada conciencia campesina. "La tierra para los aldeanos!". Tal fué el grito de guerra de los futuros amos. Y una vez arriba, los amos tergiversaban, disfranzaban el concepto que envolvía este grito reivindicador y, substituyendo a todos los propietarios desposeídos, venían a decir que el Estado era la Nación encarnada en unos cuantos".

Se dirá que todo esto lo dice un escritor burgués y que fué acogido en las columnas del diario más reaccionario de la Argentina. Admitido. Pero, tratándose de teorizar—como en este caso—desaparece

todo móvil mezzuino. Además, en el artículo que comentamos, no se hace la defensa del régimen burgués, sino que se comprueban las transgresiones del bolchevismo considerando los procedimientos del gobierno comunista en relación con su programa revolucionario.

Lo claro, lo evidente, lo que no admite réplica, es que el programa marxista no fué observado por el gobierno soviético, y que la política económica inspirada por Lenin representa un enorme cúmulo de contradicciones, de acomodamientos y de repetidos ensayos sin un plan social inspirado en la defensa de la revolución. El centralismo económico y la férrea dictadura ejercida por el gobierno central, eliminaron los factores que pudieran salvaguardar la revolución de la influencia conservadora de las masas deseosas de encontrar un nuevo equilibrio.

Y es esa tendencia imperialista — el marxismo es un imperialismo al revés — la que presenta José Jerique como la más perjudicial para el libre desarrollo de las actividades creadoras de los pueblos, de las colectividades, de las comunas, en un período de reconstrucción revolucionaria. Poniendo de manifiesto la diferencia entre Estado y Revolución, entre gobierno y proletariado, y los puntos de discrepancia entre los comunistas autoritarios y los revolucionarios contrarios a todo centralismo político y económico, el citado escritor agrega lo siguiente:

"La lucha se entabló. Los Soviets locales (sometidos a la autoridad del gobierno central) con su arbitrariedad en la distribución de las tierras, la avivaron. Las masas rurales cayeron sobre las tierras y mucho antes de procederse al reparto "de jure", según la doctrina bolchevista, habíase consumado el reparto "de hecho". En esta aproximación, dice M. Hoshiller en su obra "El espejo del soviétismo", no se procedió según las necesidades del cultivador, sino en un "cuerpo a cuerpo" en provecho del fuerte contra el débil (selección a lo Darwin). Todo fracasaba. Municipio rural y grandes propiedades, daban rendimientos ilusorios. El campesino se negó a reconocer los elevados principios de reconcentración económica. Y mientras él ponía en práctica el principio de propietario autónomo, los ensueños bolchevistas se evaporaban como humo. ¿Qué hacer? ¿Imponer el Estado su fuerza mediante la violencia? Ilusión. Se podía expliar, asesinar, llenar las cárceles de burgueses faltos de defensa y de refractarios al espíritu de solidaridad. Pero, ir contra noventa y tantos millones de campesinos convertidos por otro acto revolucionario en casta privilegiada — la de propietarios dentro del régimen comunista — era locura, era decretar el propio suicidio de la oligarquía que encarnaba el comunismo. Y, naturalmente, se contemporizó. Y, Lenin, el cerebro más flexible y acomodaticio, recomendó la adaptación a las circunstancias. En uno de sus discursos, exculpando a los usurpadores, declaró que éstos no habían pasado por la escuela de la lucha entre el capital y el trabajo y que, lejos de unirles las condiciones políticas y económicas de la existencia, los separaban y alejaban convertidos en pequeños propietarios. Y, consciente de la realidad añadía: "que la colectividad y la explotación comunista solo serían efectivas después de un gran número de años". Por consiguiente, había que reconstruir la economía nacional adaptándola al carácter económico del campesino, visto que tres años no habían podido modificarse. Y todo a consecuencia de la negatividad de los campesinos a dejarse una parte de sus cosechas en pro de la colectividad".

Se ve claramente la política de vacilaciones de un gobierno que, habiendo emprendido un camino equivocado, se empeña en seguir su marcha eludiendo los obstáculos con continuas desviaciones. El problema económico — principalmente el de la tierra — se mantenía permanentemente sin solución. Y el gobierno bolchevique, empeñado en sostenerse en el poder, rectificó su conducta empleando los peores recursos. Todo lo intenta menos el sistema de las comunas de productores libres surgidas en plena revolución y eliminadas por la prepotencia del Estado. Primero las requisas violentas, encomendadas al ejército rojo; luego el impuesto en especie, fracasado por la merma de la producción agrícola; y, últimamente, como recurso extremo, el comercio libre y el monopolio por el Estado del excedente de las cosechas. ¿Qué

relaciones guarda esa política económica con el programa revolucionario de los comunistas?

Veamos, finalmente, lo que a este respecto nos dice el escritor burgués José Jerique:

"El descuento proporcional de la cosecha — inaplicable por la resistencia de la campiña, — fué sustituido por un simple impuesto a la moda burguesa. Así, el campesino podría guardar el excedente de su cosecha para poderlo cambiar libremente contra objetos de consumo. ¿Es o no el derecho a disponer como se quiera del producto del trabajo de cada cual? De aquí a restablecer la libertad de comercio solo había un paso. Los Soviets lo dieron. Hágase un poco de historia acerca de la "estatización de las cooperativas"... Antes de la revolución las Cooperativas rusas eran las mejores organizaciones de carácter económico, las más prósperas y las mejor utilizadas. Al nacionalizarlas los Soviets, dieronles el mismo sello de militarización que a todas sus cosas: disciplina férrea, castración de la voluntad individual, prohibición de iniciativas, toda la gama de la trabazón comunista susceptible para ir tirando,

históricos del Socialismo contemporáneo deberían absorber a la pequeña y media propiedad, industria o explotación, en una palabra, para pasar transitoriamente del régimen burgués al de socialización de los medios de producción y de cambio; las grandes explotaciones — repito — tendieron hacia la pequeña empresa e industria local. El pequeño artesano, a medida que su ganancia aumentó, perdía su carácter proletario para devenir amo o patrón. No soy yo quien lo dice. Lo afirma la "Prawda" órgano comunista ruso. Otro testimonio de más peso es el propio Lenin. Ante la evolución que se efectuaba en los espíritus y en las bolsas de los rusos, Lenin inventó otra fórmula económica con su poderosa fertilidad cerebral: el "Capitalismo de Estado", inevitable, según él: trabajando el capitalista, cual arrendatario de los medios de producción socialista, es decir, cobrando un beneficio y vertiendo al Estado socialista una parte del producto. He aquí, entonces, la doble característica del régimen llamado comunista: arriendo de la economía nacional y Capitalismo de Estado. Paradoja encerrando un ramillete de claudicaciones, para seguir viviendo

y en la cuenca del Donetz. En 1918 fué secretario del Bureau de correspondencia de los anarquistas de la cuenca del Donetz y redactor del periódico *Golos Anarquist*. Es uno de los organizadores de la oficina de correspondencia y de propaganda anarquista en lengua hebrea. En 1919 organizó algunos grupos anarquistas nablíanos en el sur de Rusia y fué secretario del grupo de Melitopol. En 1920 trabajó en Karkoff como pedagogo y colaboró en la sección de pedagogía científica del comisariado de la instrucción en Ucrania. Fué arrestado en Karkoff y en viado a Moscú. Fué libertado el seis de enero de 1921 y detenido de nuevo el 8 de marzo, siendo condenado a tres años de campo de concentración como anarquista contrarrevolucionario. Después de la huelga del hambre de Taganka y la intervención de los delegados sindicalistas fué expulsado de Rusia.

Jarchuk Jofin, anarquista desde 1893. Fué arrestado en 1905 y desterrado a Siberia; de Siberia huyó algunas veces pero siempre sin éxito. En 1913 emigró a Estados Unidos donde formó parte del grupo editor de *Golos Truda* y de la federación de las uniones obreras rusas de Estados Unidos y Canadá. Volvió a Rusia después de la revolución de 1917 y entró en la unión para la propaganda anarco-sindicalista de Petrogrado. Trabajó en Cronstadt, donde gozaba de una gran simpatía entre los marineros y era miembro del soviet y del comité ejecutivo. Tomó parte con los marineros en la famosa demostración armada del 3 al 5 de julio, por la cual fué llamado a responder ante el gobierno. Actuó en la revolución de octubre con los marineros y estuvo en el frente contra Kaledin y Korniloff. En 1918 fué miembro de la redacción del periódico *Volni Golos Truda*, en Moscú. En 1919 trabajó clandestinamente en Kiew bajo la dominación de Denikin. En 1920 era secretario del club anarquista de Karkoff y fué perseguido por el gobierno bolchevique. Fué iniciador y miembro del Bureau ejecutivo provisorio de la confederación anarco-sindicalista rusa en Moscú.

En noviembre de 1920 fué al congreso de Karkoff y cayó preso. Se le condujo a Moscú. Es uno de los huelguistas del hambre de Taganka y de los expulsados de Rusia.

Maksimoff Gregori, agrónomo; anarquista desde 1912. En febrero de 1917 tomó parte como soldado en las insurrecciones de los destacamentos militares. Después de la revolución de 1917 fué miembro de la unión para la propaganda anarco-sindicalista de Petrogrado y de redacción del *Golos Truda*. (Petrogrado). En 1918 es miembro de la redacción del *Golos Truda* de Moscú y de *Volni Golos Truda*. En 1919 es colaborador de la revista anarco bolchevique *Golos Truda*. En 1920 es iniciador y miembro del Bureau para la creación de la confederación anarco-sindicalista rusa, y al mismo tiempo empleado como jefe de las oficinas de estadística de la unión metalúrgica panrusa. En mayo de 1921 es arrestado en Moscú y después de la huelga del hambre famosa de Taganka es expulsado de Rusia.

Markus Sergei, anarquista desde 1905. Después de la revolución de 1905 fué desterrado. En 1917 tomó parte en el movimiento anarquista de Moscú. Colaboró en las ediciones *Volni Golos Truda*, *Trud y Vola*. Fué empleado de las oficinas soviéticas. En 1920 se unió al Bureau ejecutivo provisorio de la confederación anarco-sindicalista rusa. Fué arrestado al gunas veces por los bolcheviques; la última en noviembre de 1921. Después de una larga huelga de hambre fué puesto en libertad.

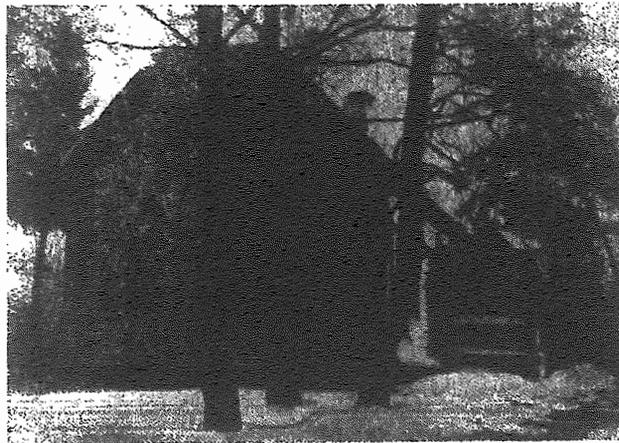
Saviati, obrero. En 1917 fué miembro del partido comunista. En 1919 entró en la propaganda anarquista y formó parte del grupo nablíano de Bobrow. En noviembre de 1920 iba como delegado al congreso anarquista de Karkoff y fué arrestado. Su situación actual es desconocida.

Es muy interesante saber que en vistas de los arrestos en masa de anarquistas y machonovistas, en noviembre de 1920, en una estación radiotelegráfica de Ucrania eran interrumpidos los siguientes telegramas: "Deténgase a todos los anarquistas de Ucrania y particularmente los de la región machonovista y vigíleselos".

A. GORELIK — Hugo TRENI

(Concluido)

Notas gráficas del entierro de Kropotkine



la casa de Kropotkine en Dimitroff (Prov. de Moscú)

más mal que bien, con el "orden y mando", negación del libre albedrío. Las Cooperativas estaban ya a punto de sucumbir por culpa de la "estatización" cuando el gobierno de Moscú, comprendiendo que sólo ellas podían asegurar el levantamiento de las fuerzas económicas rusas, las transformó en asociaciones libres para los fines de producción y de consumo e independientes de los órganos económicos del Estado. Se devolvió, pues, a las Cooperativas la libertad de cambios y el derecho de propiedad sobre toda clase de bienes. Esta claudicación, después de la referente a la propiedad de las tierras, transformó todo el régimen comunista. Si algo faltaba, lo completó el reconocimiento del comercio libre en mercados, locales cerrados, almacenes, tiendas, fruterías, cafés, restaurantes, carnicerías, quioscos, etc. En contra de lo que previeron Marx y Engels en su famoso "Manifiesto Comunista" las grandes explotaciones — las que según los padres

con vilipendio. Sofisma habilidoso para hacer caso omiso de lo que Marx calificó "misterio de la producción capitalista" o apropiación social de la "plus valía" conseguida por el trabajo del proletario. Oportunismo, se dirá, no socialismo doctrinal. Alianza vergonzante, por parte de quienes no han reparado en producir un trastorno en la conciencia universal para resultar unos solemnes teóricos fracasados que pasarán por todo, inclusive el aceptar el dinero burgués, "envilecedor instrumento de cambio", según frase esteriotipada de exaltados bolchevistas."

¿Qué queda, pues, del Estado proletario, comunista o colectivista? La máscara de un gobierno que, surgido de la revolución, abre las puertas de Rusia al capitalismo internacional. Los defensores del Estado, pese a su clasificación "proletaria", tienen en la "experiencia rusa" el más elocuente fracaso de su teoría centralizadora y autoritaria.

El martirologio de los anarquistas rusos

(continuación)

Fedoroff Constantin, miembro del grupo anarquista de Rostoff, en el Don, presidente del departamento cultural del campo de aviación. En 1921 por su propaganda anarquista fué enviado de Rostoff a Moscú, a disposición del departamento político de la república. A su llegada a Moscú fué encarcelado y a consecuencia de la huelga del hambre de Taganka, expulsado de Rusia.

Gorelik Anatole, anarquista desde 1904, pedagogo. Hasta 1919 trabajó en el sur de Rusia donde fué arrestado algu-

nas veces. En 1911, por haberse rehusado a prestar el servicio militar, debió ir a Francia, donde participó en el movimiento sindicalista. En 1913, en Estados Unidos, es miembro de la Unión de los obreros rusos, de los I. W. W. y de los grupos anarquistas. En 1916, con el compañero Kornuk y otros, organizó en Chicago el primer periódico ruso industrialista, *Golos Rabochévo*, actualmente *Golos Trudovika*. Después de la revolución de 1917 regresó a Rusia donde fué arrestado a causa de su propaganda anarquista por el gobierno de Kerensky. En el otoño de 1917 trabajó en Ekaterinoslaw



PAGINA DE ARTE



J. FRANCISCO MILLET—Auto-retrato (dibujo) 1814-1875

Juan Francisco Millet, nació en Guitry, Normandía, el 3 de octubre de 1814. Sus padres fueron campesinos y él mismo lo fué hasta cumplidos los 21 años, y tal se siguió considerando con orgullo toda la vida.

A esa edad abandonó la pala y la azada para estudiar la pintura, hacia la cual sentía una vocación irresistible.

Fué a Cherbourg y después a Paris. Ni en una ni en otra ciudad encuentra su maestro. Es rústico y torpe, pero tiene una voluntad de hierro y un empecinamiento tenaz por ser pintor; estudia solo, va de Delacroix a Poussin, de Diaz al Correggio, de este a Miguel Angel—

tratando de encontrar el lenguaje con que ha de decir sus cosas — El ambiente era de confusión; el reinado de las escuelas había muerto y el individualismo surgía en el arte. A la turbulencia un poco declamatoria, a lo exótico y lo violento de los románticos, sucede un deseo de sencillez y de naturalidad. Se sienten inquietudes sociales. Balzac inicia su serie de novelas realistas y Courbet, rebelándose contra toda clase de cánones y prejuicios escolásticos, hace entrar en sus telas la vida común, vulgar, de la gente del pueblo.

Los comienzos de Millet fueron lentos y penosos. Fué de un género a otro, titubeante, sufrió todas las desesperaciones de la pobreza y de la duda; pintó, para vivir, él, que había de llegar a ser el más austero de los pintores, desnudos y cuadritos galantes! Pero este campesino era demasiado rudo para modular madrigales! Así, pues, atraído o no por las preocupaciones sociales de la época, trata de inspirarse en los trabajadores de Paris. Pero él no siente al obrero. Millet es un campesino; tiene en la visión a su terruño: los amplios horizontes luminosos, las siluetas oscuras de los trabajadores de la tierra llenan su recuerdo. Entonces pinta "El Aechador", y en esa tela encuentra su verdadero camino, concreta su oscuro ideal, descubre por fin el canevá fuerte donde ha de bordar, con infinito amor, el dolor, las alegrías, las tristezas de la vida ruda, miserable, de los trabajadores del campo. No dará — como Courbet, el admirable pintor, — el aspecto exterior, superficial, de las preocupaciones sociales; él irá al manantial mismo, al origen de todas ellas; al amor, a la piedad por los que sufren.

Por el amor dignificará a los despreciados, magnificará el dolor de los humildes, y con sus tristes y monótonas vidas hará una epopeya que ha de gritar, a pesar de él, una protesta. Como Tolstoy luego, él también ha hecho de amor y de piedad, una epopeya revolucionaria.

Esto lo sintieron sus contemporáneos; de aquí que los críticos que al principio lo estimularan, conscientes o no del alcance filosófico que atribuían a su obra, concluyeran por combatirlo tenazmente.

No importa; Millet ha encontrado su camino y lo seguirá sin arredrarse. "En el arte — decía — hay que jugarse el pellejo... no es una partida de placer, es un combate, un engranaje que tritura... El dolor es, probablemente, lo que hace expresar con más fuerza a los artistas"

Desde entonces se retira a Barbinzón, a las orillas del bosque de Fontainebleau. Allí, en contacto con la tierra y el trabajo, afirma sus propósitos y comienza el período de sus obras maestras, a pesar de una miseria tan grande que en el camino de la desesperación estuvo a punto de suicidarse. Tenía mujer e hijos — llegó a tener nueve y nunca conoció la fortuna ni el bienestar — ;Y sin embargo, qué labor la suya! Año tras año, iba produciendo verdaderas joyas de arte.

En 1850 expone "El Sembrador" (del cual reproducimos una litografía). La crítica todavía no siente el alcance revolucionario que puede darse a la obra, (y que Millet no ha querido dar nunca). Así Teófilo Gautier, descubre la obra en términos elogiosos:

"La noche va a llegar desplegando sus velos grises sobre la tierra oscura; el sembrador marcha con paso rítmico, arrojando semillas en el surco, y seguido por una bandada de pájaros; sombríos harapos lo cubren, tiene la cabeza cubierta con una especie de gorra bizarra; es huesoso, demacrado y flaco... Tiene algo de grandioso y de estilo en la figura de gesto violento, en el aspecto fieramente miserable y que parece pintado por la misma tierra que él siembra."

En lo sucesivo todos los críticos notarán el estilo, esa grandiosidad que Millet pone en todas sus cosas y que está hecha de síntesis y de claridad.

Al mismo tiempo que Millet se agranda, que depura su estilo, intensifica la expresión y ahonda el sentimiento, los enemigos aumentan. Es curioso consta-



EL HOMBRE DE LA AZADA

tar quienes lo combatieron, probablemente influenciados por preocupaciones sociales. Así cuando aparecieron "Las Glaneuses" Paul de Saint Victor decía, nada menos:

"Esas tres espigadoras posan como las tres Parcas del Pauperismo. Son espantapájaros de harapos enclavados en el campo y como los espantapájaros no tienen rostro: una cofia de tela reemplaza. Millet parece creer que la indiferencia de ejecución conviene a las pinturas de la pobreza: su fealdad es sin acento, su

grosería sin relieve. Una tinta ceniza envuelve las figuras y el paisaje; el cielo es del mismo tono que las polleras de las espigadoras y tiene el aspecto de un gran harapo tendido.

Y concluye que "esas miserias no comueven." Y se trataba de una de las mejores obras de Millet!

Y Gautier, que fué de los primeros en aplaudirlo, lo critica duramente: "el estilo tieso de sus figuras. Algunos fanáticos — dice — admiran, sin embargo, esas fantasías monstruosas, tan alejadas de la realidad como las cremas rosadas de Boucher. Con el pretexto del estilo, Millet da a sus personajes la estupidez triste y feroz de los ídolos hindús.

Los gestos sonnolientos se inmobilizan, sus ojos no miran y sobre sus cuerpos de madera coloreada pesan paños espesos como cuero. Sin duda hay cierta grandeza en sus siluetas desprovistas de detalles y llenadas con simples tonos monocromos; pero esa grandeza está conseguida a muy alto precio".

La grandeza plástica de Millet no se niega, lo que molesta en él es el espíritu, la intención del autor; esto mismo pone furioso a Baudelaire — que a pesar de haber sido entre los literatos un caso único de penetración y sentido crítico plástico — ha sido injusto con Millet. Bien es cierto que el concepto baudelairiano no era sino un reflejo de Delacroix, de quien el poeta era un admirador ferviente y a quien miraba como el prototipo del pintor-poeta. En el Salón del 48 no tiene indulgencia para Corot, Daubigny, Troyon, Ch. Rousseau; con Millet es cruel:

"Millet busca particularmente el estilo; no lo oculta y se vanagloria de ello. Pero una parte del ridículo que yo atribuía a los discípulos de Ingres recae sobre él. El estilo le trae desgracia. Sus campesinos son unos pedantes que tienen de sí mismos una alta opinión. Desplegan un embrutecimiento sombrío y fatal que me hace dar ganas de odiarlos. Que ellos siguen, que siembren, que pastoreen vacas o esquilen corderos, tienen siempre un aire de decir: "Pobres desheredados de este mundo, somos, sin embargo, nosotros quienes lo fecundamos! Nosotros cumplimos una misión,

EL AECHADOR (Museo del Louvre)



ejercen
extraer
de su s
ajustar
sus pec
sión fil
Esta de
bellas c
en la m
Baudel
ba de
scumie
de sinte
nes una
parecer
sas cua
santidad
Pero
apareció
obra est
inspiró
sobre lo
"Se v
feroces,
dos por
zan sub
humano
La in
unánime
contra
tre los
bientes y
todo tal
A esa
esta en
elocuent
"Hay
tos de la
más que
Veo com
las cual
el mismo
cencia, m
una de e
las pequ

ga, allá
Pero no
meantes
pués, n
a un lí
han s
frata d
le dram
esto no
do que
77c" ha

ejercemos un apostolado!" En lugar de extraer simplemente la poesía natural de su sujeto, Millet quiere, a toda costa, ajustarle algo. En su monótona fealdad, sus pequeños parias tienen una pretensión filosófica, melancólica y rafaesca. Esta desgracia echa a perder todas las bellas cualidades que por é pronto atraen la mirada hacia él."

Baudelaire con su fino olfato, no dejaba de ver las cualidades del artista. El sentimiento religioso de Millet, su poder de síntesis plásticas dan a sus evocaciones una fuerza de expresión que debían parecer tanto más enfáticas y tendenciosas cuanto más se elevaba a la universalidad y al tipo.

Pero el escándalo fué mayor cuando apareció *El hombre de la azada*. Esta obra está empapada del sentimiento que inspiró a La Bruyere su célebre pasaje sobre los campesinos:

"Se ven — dice — ciertos animales feroces, machos y hembras, desparramados por la campaña, y cuando se enderezan sobre sus pies muestran un rostro humano; y efectivamente, son hombres".

La indignación contra esta tela fué unánime; se dijo que era "una calumnia contra nuestros nobles campesinos, entre los cuales se reclutan nuestros valientes y heroicos soldados." Le negaron todo talento, honradez, belleza.

A esa crítica despiadada, Millet contestó en una carta a un amigo, con una elocuencia digna de leerse:

"Hay quien dice que niego los encantos de la campaña; yo encuentro en ella más que encantos esplendores infinitos. Veo como ellos las pequeñas flores por las cuales Cristo decía: Os aseguro que el mismo Salomón, con toda su magnificencia, no ha estado jamás vestido como una de ellas". Veo la aureola que tienen las pequeñas flores; y el sol que desplie-

gentes instruidas y de gusto, me imagino; pero yo no puedo ponerme en sus pellejos, y como yo no he visto nunca en mi vida sino campos, trato de decir como puedo lo que he visto y probado cuando trabajaba en ellos.

A los que quieran hacer mejor, ciertamente tienen la mejor parte".

En esta carta está Millet de cuerpo entero. No son los esplendores de la Naturaleza lo que le interesa: se siente campesino y su alma rebosa de piedad y de amor por todos esos parias, esos desdichados enceguecidos por los esplendores de la naturaleza, por un trabajo embrutecedor, bestial.

La obra de Millet es innumerable.

Los cuadros más famosos son: "El Angelus", que no es el mejor por cierto, "El hombre de la azada", "Las espigadoras", etc. En todas sus obras ha tratado de fijar tipos y aspectos universales del trabajo.

Su dibujo "no se detiene jamás en los incidentes, en el lado anecdótico de la forma — dice Michel — lo que le interesa son las siluetas ampliamente expresadas, las líneas decisivas que caracterizan un movimiento y que lo ritman. Y Piedaguel, hablando de como trabajaba sus croquis, que hacía en cantidad innumerable y rápidamente, y que realizaba luego en la obra lentamente, dice: "desde hace treinta años no ha cesado de dibujar y pintar, sin embargo, fuera de sus dibujos y estudios, la obra de Millet no es muy considerable (ochenta cuadros más o menos). Esto se debe a que el gran artista trabajaba lentamente después de haber meditado mucho cada uno de sus asuntos. Raramente, por otra parte, quedaba satisfecho de su obra. Agreguemos que jamás hacía posar un modelo: su memoria le bastaba, de la manera más precisa, de los menores detalles".

Y Chesneau: "Millet improvisaba un motivo con una rapidez extraordinaria. En pocos minutos trazaba indicaba tres, cuatro composiciones diferentes... Era su manera de hablar. Pero componía sus cuadros con lentitud, meditando, calculando el sentido el alcance, el efecto plintoresco y moral del mínimo toque de pincel o de lápiz.

Y terminemos esta glosa con un broche elocuente, que extraemos de la hermosa biografía de Leprieur sobre el artista:

Clásico y revolucionario, tradicionalista inventor de formas nuevas, Millet, con sus robustas cualidades, con su elevado ideal, su emoción grave y su acento rudo, sorprende, más que conquistista, a sus contemporáneos. Se le podrían aplicar las palabras de Pablo Huel. En el arte amanerado y dulzón de su época, apareció "como un patón en el salón de una duquesa". Y causó un largo escándalo. Para las generaciones que siguieron, fué un potente iniciador. Sobre la ruta que él trazara en campo virgen, cuantos han pasado detrás de él! En el ex-



EL SEMBRADOR, (Litografía)

tranjero como en Fráncia; cuántos discípulos póstumos no ha tenido! Todos los que se inclinaron sobre el campesino, o se interesaron en la vida de los humildes, han sufrido su influencia, escuchado sus lecciones. Un Bastien-Lepage, un Lermi-

the, como un Pizarro, un Lieberman y un Uhde, como un Segantini y un Meunier derivan más o menos directamente de él. El ha echado al viento una semilla que ha de fructificar indefinidamente. Murió el 20 de Febrero de 1875.

Cápítulo cuarto del opúsculo próximo a aparecer
"La Ucrania Revolucionaria"
 RESULTADO DE UN VIAJE DE ESTUDIO DESDE
 ABRIL A OCTUBRE DE 1920
 Por AGUSTIN SOUCHY

En las páginas precedentes hemos ya dado a conocer las razones por las cuales era tan difícil llevar a los compañeros ucranianos bajo el cetro común de un gobierno unitario. Son motivos más de orden político y nacional que económico. Sin duda pueden encontrarse razones económicas que expliquen la negativa de los campesinos a entregar vivires al gobierno; pero hay aquí también particularidades de raza que entran en juego. En una población agraria, en un país fértil, se desarrolla a consecuencia de la relativa independencia económica un cierto sentimiento de independencia con el que no puede menos de chocar un gobierno centralista. Un Estado poderoso no se desarrolla nunca en tal región. Las tendencias a la libertad crean siempre dificultades a los gobiernos. No hay más que recordar el movimiento de los campesinos mejicanos con Zapata a la cabeza, o bien las constantes tendencias anarquistas que han trabajado España e Italia.

Los bolcheviques aseguran que estas tendencias anti-comunistas se encuentran en el corazón de los campesinos de Ucrania. Indican que los campesinos ucranianos no tenían una organización "de mir" tan extensa como la de los campesinos rusos, que ellos no poseían en la misma medida niaderas en común, praderas y campos comunes, y su conclusión es que los campesinos son partidarios de la propiedad privada y que son opuestos a la introducción del comunismo.

Van aún más lejos y dicen que todos los campesinos que combaten con Machno son *koulaks* que luchan por la propiedad privada contra el establecimiento del comunismo. Dado que la gran masa de los campesinos — podríamos decir la mayoría, bien que sea la parte más activa de entre ellos la que ejerce, como siempre en semejante caso, su influencia sobre los otros, — se ha asociado a los *powstany*, y aún se observan en ellos tendencias contrasentido al querer suponerle, contra su voluntad, las ideas de comunismo. Esto sería todo, salvo la libertad.

Y es la libertad la que los campesinos buscan. Por ella luchan desde hace cinco años. Se podrá imponer a los hombres cualquier cosa, menos la libertad, que no se impone.

Pero no hay nada de esto. La revolución social y el nuevo aspecto de Ucrania son, por lo menos, simpáticas a los campesinos. Más que en Rusia, donde después de la expropiación de los propietarios territoriales, la gran masa de los campesinos se hizo absolutamente conservadora. Los campesinos de Ucrania no son en modo alguno, enemigos del socialismo, y aún se observan en ellos tendencias comunistas bien evidentes.

Todo el elemento campesino está contra los *pomeshchichiks* (propietarios territoriales). A ningún precio quieren la vuelta de estos propietarios. Y es con la energía de la desesperación que combaten a los generales contrarrevolucionarios, defensores de la gran propiedad ter-



LA SOPA, (Aguafuerte)

ga, allá a lo lejos, su gloria en las nubes. Pero no veo menos en la llanura, humeantes, a los caballos en el arado, después, más aquí, en un sitio pedregoso a un hombre todo derregado, y cuyo *chan!* se ha sentido toda la mañana, que trata de enderezarse para resoplar. Este drama está envuelto de esplendores, esto no es de mi invención, hace tiempo que esta expresión: "el grito de la tierra" ha sido encontrada. Mis críticos non

rritorial. Han expulsado a Petlura, a Kaledin, a Denikin, a Grigorief y a Wrangel. Y sin embargo, Wrangel había aprovechado las lecciones de los que le habían precedido y había venido con un programa propio como para atraer a los campesinos. Ningún propietario territorial podría poseer más de 200 deciatinas de tierra (una deciatina es igual a 109,25 áreas). Wrangel contaba conciliarse por ese medio más simpatía que Denikin y sus predecesores. Creyó así poder ganarse el favor de los campesinos y asociárselos, como el gobierno rumano lo había logrado con una política agraria semejante, alejando por completo las amenazas de revolución. Pero si los boyardos rumanos consiguieron guardar sus tierras mediante estas ligeras concesiones, los campesinos ucranianos entrevistieron después de una larga lucha, los designios de Wrangel, y si este logró seducir a una parte de los campesinos, al menos la parte más avanzada de estos le fué siempre hostil.

Aún cuando su ejército no hubiese sido destruido por el ejército rojo y por Machno, Wrangel, con el tiempo, no habría podido sostenerse.

Los campesinos eran contrarios a las 200 deciatinas del programa de Wrangel. Son aún contrarios a las 50 deciatinas del programa bolcheviqui. Los bolcheviquis no quieren malquistarse con los ricos campesinos, pues como tienen necesidad de ellos, no pueden permitirse el lujo de despreciarlos. Es lo que nos llevó a fijar una regla, según la cual ningún campesino puede poseer más de 50 deciatinas de tierra. Pero sin embargo, los campesinos se han pronunciado contra este límite.

Adoptaron esa actitud particularmente en ese congreso de que hemos ya hablado, convocado por Volin (en Alejandrovich octubre de 1919). En su opinión este máximo es todavía demasiado elevado, y es para ellos un máximo de burguesía. Son nuevos *pomestschiks* que se forman en su modo de ver.

Los teóricos marxistas del comunismo bolcheviqui, colocándose en su punto de vista teórico propio, aplican a los campesinos ucranianos la etiqueta de autonomistas y de defensores de la propiedad privada y particularmente a los que combaten con Machno. Los estudios a que nos hemos entregado en Ucrania nos han demostrado que es casi lo contrario lo que sucede. Los comunistas fijan por decreto una propiedad territorial más grande que la que admiten los campesinos mismos. Los comunistas bolcheviquis, que se consideran como los únicos representantes del comunismo, son menos comunistas que los campesinos a quienes denominan sin embargo autonomistas.

Pero aunque estén por un más pequeño máximo de propiedad territorial que los comunistas bolcheviquis, esto no probaría nada en favor de su comunismo. Indicaría sólo que son un poco más comunistas que los bolcheviquis; pero esto no sería sino relativo y no diría gran cosa sobre el camino positivo de los campesinos.

La abolición de la propiedad privada de la tierra es sin duda uno de los elementos más importantes del comunismo, pero hay otros aún, tales como la reglamentación de las condiciones de trabajo por una colaboración común sobre el principio de la igualdad, la organización del cambio de los productos del trabajo, tomando la justicia como base y como medida, la organización de las relaciones recíprocas sobre la base de la libertad. Todo esto no podría ser obra de ningún Estado, ni aún de un Estado bolcheviqui. Todo lo que éste puede hacer es aconsejar, decretar, ordenar.

Si carece de los seguros instintos sociales y de un sentido vigoroso de la equidad, nunca un pueblo podrá llegar al comunismo o al socialismo. El comunismo no se instituye con decretos. Y bien, si a pesar de los terribles años de guerra civil, los campesinos ucranianos han conservado los instintos a que hacemos alusión, están maduros para el comunismo; sino, no es el gobierno de los soviets el que podrá establecer las nuevas relaciones sociales.

Nuestro viaje por Ucrania, como las conversaciones que hemos tenido en el mismo país con aquellos que mejor conocen a Ucrania, nos han demostrado que podemos tener las más bellas esperanzas. El campesino está en un estado atrasado, pero es bueno, servicial, y en general tie-

ne un sentimiento vigoroso de lo que es justo.

Un ejemplo, lo sabemos, no indica gran cosa, pero no puede menos de servir de ilustración.

Volin asistía a una conversación entre un campesino y un comunista bolcheviqui; el bolcheviqui quería hacer comprender al campesino lo que era el comunismo, pero este no lo comprendía. Su espíritu permanecía cerrado a todas las explicaciones dadas. El campesino se puso entonces a desarrollar sus propias ideas, explicando como en su aldea entendía arreglar todas las cosas con sus cancharras. Cuando estaba al fin de su razonamiento, el bolcheviqui le dijo: ¡Pero tú eres comunista! — ¿Comunista yo? — replicó el campesino irritado. No, yo no soy comunista. Este campesino mostró que sabía perfectamente cómo regular sus asuntos en su aldea a condición de que sus propias experiencias comunistas no fueran desordenadas por las intervenciones exteriores y de que no fuera molestada su libre iniciativa. Se puede citar numerosos ejemplos como testimonios de que por sí mismos los campesinos llegan a una economía y a una reglamentación comunista de las relaciones de campo.

La visita a una granja soviética que pertenecía antes a un propietario territorial y que se encuentra a 30 verstas de Karkoff, nos ha dado la ocasión de estudiar la economía comunista de esa explotación regentada por los campesinos. Había allí 100 campesinos, 160 personas entre todos, contando las mujeres y los niños. Ninguno de ellos era comunista y sin embargo, habían regulado las cosas con un maravilloso sentido de la equidad y de la justicia. Así sucede también por muchas economías individuales o colectivas.

Esa notable negativa de los campesinos a llamarse comunistas proviene de que los campesinos no conocen la denominación de "comunistas" más que por el gobierno que se titula tal.

Esé mismo gobierno es el que envía también sus soldados a la aldea a fin de regular los viveres que los campesinos no quieren entregar. En el espíritu de los campesinos, los comunistas son esos soldados que van a proceder a las requisas, o bien los que los envían.

Además, una multitud de comisaros que se dicen comunistas, pero que no son en realidad más que estafadores, lo cual no es evidentemente por culpa del gobierno de los soviets — que no puede sino muy difícilmente luchar contra ellos cuando están lejos y se encuentran en plena campaña — no tratan sino de extorpiar al campesino. Es por lo que

éstos últimos han hecho un juego de palabras para ridiculizar al comunismo. Para decir *¿a quien?* en ruso se dice *¿komu?* y *rus* significa "nosotros". Los campesinos se burlan de los comunistas bolcheviquis y les preguntan *¿komu?* (¿a quien?) La respuesta es *rus* (nosotros) con lo que se forma la palabra *Komunus*, las comunas. Los comunistas dicen por consiguiente: Todo para nosotros, es decir para sí y nada para los demás.

Pero a los comunistas no son muy bien vistos por los campesinos, por el contrario los bolcheviquis gozan de una gran consideración. Porque son los bolcheviquis los que les han traído la paz. Gracias a la paz de Brets-Litowsk, Lenin ha conquistado una gran popularidad para su partido, y esa es la razón por la cual los campesinos aman a los bolcheviquis y odian a los comunistas. No comprenden que ambos constituyen un mismo partido.

Con el concurso de algunos elementos inteligentes, los campesinos ordenan entre sí sus asuntos comunes. Convocan grandes congresos, forman asociaciones de cooperación etc. No tienen sin duda en todas las cuestiones la justa comprensión ni fuerte iniciativa. Descansan todavía demasiado en una inteligencia exterior. Es así que ellos hubieran querido que Machno, tan buen jefe en el combate, les indicase lo que habría que hacer.

Es por lo que un gran número de campesinos interrogaban a Machno, pidiéndole consejo para la reglamentación de todas las cosas concernientes a sus mutuas relaciones, y Machno tenía el hábito de responder, según parece: Haced lo que os parezca a vosotros mismos mejor. Pero esta no era una ayuda de gran valor para los campesinos. Ellos hubiesen preferido un consejo y aquello era la bienvenida que les traía un desintereñado.

El comunismo para los campesinos ucranianos no es cosa de ninguna suerte de teorías, está asociado a la vida práctica. La gran propiedad territorial, los *pomestschiks*, muestran suficientemente cuán perjudicial es la propiedad privada y esa es la razón de que quieran destruirla. Los demás deben ser alojados bajo la misma insignia que nosotros. Es lo que los enemigos del socialismo han deformado al hablar de la envidia de las gentes que no poseen nada. Pero este sentimiento de envidia ha sido siempre para los campesinos un principio que les ha guiado. Es ese sentimiento el que les impulsó a igualar mejor la propiedad privada primero y luego lo que les aconsejó el comunismo.

palabra: *integral*. Pensemos su significación positiva e ineludible.

¿Se trata de emancipar una fracción, más o menos considerable, de la clase obrera, mientras quedaría privada de esa emancipación una fracción más o menos importante del proletariado? — ¡Evidentemente no! Porque en ese caso la emancipación sería parcial, limitada, y no integral.

Para alcanzar la finalidad del sindicalismo es indispensable que todos, sin excepción de ninguna clase, los proletarios sean emancipados.

La palabra *integral* no implica nada más? Implica aún que la emancipación de que se trata no debe ser parcial, fragmentaria, limitada, sino completa, total.

Las cadenas que hacen de la clase obrera una clase esclavizada, son numerosas y de especies diversas: económicas, políticas, morales.

El sindicalismo no tiene por finalidad romper algunas y dejar subsistir otras; tiene por finalidad romperlas todas para que el esclavo de los tiempos actuales que es el proletario, sea el hombre íntegramente libertado de mañana.

En el plano político como en el económico, en el dominio intelectual como en el moral, el humano debe ser plena, total e íntegramente libertado y emancipado.

Tal es el fin verdadero del Sindicalismo, tal el sentido exacto y completo de la palabra *integral*.

La expresión *emancipación integral* tiene ese significado. Sino ella no significa nada.

Entonces, el Sindicalismo tiene por finalidad la emancipación *total* de la *totalidad* de los proletarios.

Vias y medios

Es por la supresión del Salarido y la supresión del Patronato que el Sindicalismo realizará su finalidad: la emancipación integral de la clase obrera.

Un error singular se ha deslizado, yo no sé bien cómo, en las múltiples controversias suscitadas por el movimiento sindical. Este error consiste en tomar como finalidad del Sindicalismo a lo que no es, en realidad, sino el medio.

Leámos los estatutos de la C. G. T. reformista; leámos los que están en vigor de ser adoptados por los sindicatos afiliados a la C. G. T. U. En unos como en los otros, se leerá que el Sindicalismo tiene como finalidad la supresión del Salarido y la abolición del Patronato.

El error es manifiesto. Si el Sindicalismo se propusiera solamente suprimir el Salarido, abolir el Patronato, terminaría su misión apenas cesara de haber patronos *asalariados* y trabajadores *asalariados*.

El Salarido suprimido y el Patronato abolido, en otras palabras, llegado el Sindicalismo al término que se había propuesto, los sindicatos no tendrían razón de ser; habrían terminado el ciclo de su acción; habrían plena y completamente realizado sus propósitos; su función llegaría a ser nula; no tendrían más que disolverse y morir tranquilamente.

¿Qué digo? Se disolverían *ipso facto*: desaparecerían automáticamente, pues todo organismo sin función está llamado a sucumbir, por que es la función quien crea el órgano.

¿Es así como conciben el Sindicalismo los de la calle Lafayette y los de Grange-aux-Belles? Yo no lo creo.

Aquí y allá se afirma que la supresión del Salarido y la abolición del Patronato (esto, al fin, comporta aquello, porque el uno no puede cesar sino en la medida que el otro desaparezca) no resuelve sino la parte destructiva y presente de la acción sindical y que la organización del Trabajo libertado forma la parte constructiva y futura del movimiento obrero.

Por lo tanto, en el espíritu de todos los sindicalistas el Sindicalismo tiene que hacer mucho más y mejor que abolir el Patronato y suprimir el Salarido. Por lo tanto, persigue una finalidad que se encuentra más allá de esta supresión. Por lo tanto, considera que el Patronato y el Salarido, son obstáculos que destruyen, que impiden la ruta, que impiden alcanzar el fin: por lo tanto, proclama la necesidad de derribar los obstáculos, para que la clase obrera siga su marcha adelante hacia el término final: su emancipación integral.

ESTUDIO DE DOCTRINA Y DE ACTUALIDAD

EL SINDICALISMO

Su carácter. — Sus elementos constitutivos.
Su finalidad. — Sus medios. — Su misión social

"EL SINDICALISMO ES EL MOVIMIENTO DE LA CLASE OBRERA, EN MARCHA HACIA SU EMANCIPACION INTEGRAL, POR LA SUPRESION DEL SALARIADO Y LA ABOLICION DEL PATRONATO"

Ahora, nosotros sabemos que el carácter específico del sindicalismo es un movimiento de clase y que es la clase obrera que forma los *elementos constitutivos* de ese movimiento.

Me falta determinar: por de pronto la *finalidad* de ese movimiento de la clase obrera, después los *medios* con los cuales esa finalidad será realizada.

Es esta doble determinación la que constituye la segunda parte de mi definición.

Veamos primero la *finalidad*.

Está claramente indicada por estas palabras: *en marcha hacia su emancipación integral*.

A. — Digo: *en marcha*. Hubiese podido suprimir esas dos palabras de mi definición. He creído oportuno, más, he estimado necesario introducir las para hacer más evidente el carácter fundamental del movimiento que encamina al proletariado hacia su emancipación integral.

B. — Agregó: *hacia su emancipación integral*. Pésese bien el alcance exacto de esta

En marcha significa que el movimiento del cual se trata, no debe ser desordenado, incoherente, sino, al contrario, ordenado, metódico.

Es la marcha, en orden seguido y regular, de la clase esclavizada sedienta de libertad y dirigiéndose resueltamente, por los rutas más seguras y directas, hacia el fin que tiene la voluntad de alcanzar: su emancipación integral.

Esta marcha podrá ser lenta por las dificultades que jalonan la ruta; podrá, por instantes paralizarse, debido a resistencias y obstáculos previstos e imprevistos; podrá suceder que puesta a prueba por los cansancios que comporta toda larga marcha, sienta la necesidad de hacer alto.

No está fuera de razón prever que las etapas se sucederán; pero por una parte, ni por un instante el término del viaje debe perderse de vista, y por otra, hasta que todo el proletariado no haya llegado a ese término, debe evitarse o quebrarse, inflexiblemente, todo lo que sea susceptible de desviar o de alejar a la *clase obrera* de esta meta final.

B. — Agregó: *hacia su emancipación integral*. Pésese bien el alcance exacto de esta

Por forme tiene ección in lición lariado para r En l tralar sión de uño, e do. En perfect la supr Patron trañan no con cia del bre, fo entrañ En u tivame Salaria función calquie a la c No a ludo cu necesid régimen Tan r Estado, sécuene estrch asociad Quer ciyend vaganc element la supr tres y a qué a y del S del Est de qué, adversa Hay v cha con esta in tronato, pretend ros. Nos experier Para que abo encontr Si mi bolchev razón o io. No qu notar lo no prolon nantes Quiere Zinoviev Kamene harin, e litivos e Incontes Ya es b dictorio esté cas Goberna Pero i no hubie sino pr exactam simple otro mo He ac Ho el Estado que se in hecho, q dicalista Estado. Ahora sia. ¿No sío al (bleicido no pued durante revolucio le siguió lido de negabie se insti alguna T Es co mente q

Por lo tanto, en fin de cuentas y conforme a mi definición, el Sindicalismo tiene entonces por finalidad la emancipación integral de la clase obrera, y la abolición del Patronato y supresión del Salarido no son sino los medios propios para realizar esa emancipación.

En la hora actual es muy importante tratar de agregar a esas palabras: *supresión del Salarido y abolición del Patronato*, estas otras: *desaparición del Estado*.

En verdad esta adición sobra, es superflua; pues yo no apercibo como la supresión real de todas las formas del Patronato y del Salarido podría no entrañar la desaparición del Estado, y yo no concibo tampoco cómo la supervivencia del Estado—cualquiera fuese su nombre, forma y constitución—podría no entrañar fatalmente la supervivencia del Patronato y del Salarido.

En un medio social donde fueran efectivamente eliminados el Patronato y el Salarido, me es imposible discernir las funciones que incumbirían a un Estado cualquiera y muchos menos la utilidad a la cual respondería.

No alcanzo tampoco a imaginar un Estado cualquiera que no se encontrara en necesidad de sostener o de instituir el régimen del Salarido y del Patronato.

Tan cierto es que estos tres términos: Estado, Patronato, Salarido y, en consecuencia, los tres regímenes, los tres órdenes de cosas que representan, son estrechamente solidarios, rigurosamente asociados, profundamente soldados.

Quererlos separar, admitir a uno, excluyendo a los otros dos, es pura extravagancia. La razón más simple, la más elemental lógica exige que se elija entre la supresión o el mantenimiento de los tres y yo no llego a comprender debido a qué aberración, enemigos del Patronato y del Salarido puedan ser protagonistas del Estado, ni a comprender—en virtud de qué, partidarios del Estado, puedan ser adversarios del Patronato y del Salarido.

Hay quienes ponen en duda esta estrecha conexión, esta parentela profunda, esta indisoluble asociación entre el Patronato, el Salarido y el Estado. Estos pretenden separar éste de los dos primeros.

Nos oponen lo que ellos llaman "la experiencia rusa".

Para destruir su tesis y justificar la que ahora defiendo, yo no hubiese podido encontrar mejor ejemplo.

Si mis miradas se fijan sobre la Rusia bolchevique, veo un gobierno que, con razón o sin ella, se dice *Estado proletario*.

No quiero aquí, no es mi asunto, hacer notar lo que tiene de extraño ese Gobierno proletario compuesto casi por gobernantes que no son proletarios.

Quiero conceder que Lenin, Trotzky, Zinoviev, Tchitcherin, Itadok, Krassin, Kameneff, Lunatcharsky, Krilenko, Bukarin, etc., son excelentes dictadores, activos e inteligentes gobernantes, pero es incontestable que no son proletarios, y ya es bastante escandalosamente contradictorio que un gobierno dicho *proletario* esté casi en su totalidad compuesto por gobernantes que no son proletarios.

Pero no quiero insistir, porque aunque no hubiese en el poder proletario de Rusia sino proletarios, las cosas sucederían exactamente igual a como pasan, por la simple razón de que no podría ser de otro modo.

He aquí, entonces, un Estado proletario: el Estado-tipo, el Estado-modelo, el Estado que se cita a título de realidad, que se indica como experiencia, el Estado hecho, que se opone a nuestra teoría sindicalista con miras a la desaparición del Estado.

Ahora bien, el salarido existe en Rusia. ¿No ha sido nunca suprimido? ¿Ha sido al principio abolido y después restablecido? Es un punto sobre el cual yo no puedo afirmar nada. Puede ser que, durante el período propiamente dicho revolucionario y los primeros días que le siguieron, el salarido haya sido abolido de hecho y de derecho; pero es innegable que él fué restablecido apenas se instituyó un gobierno, un Estado de alguna inestabilidad.

Es cosa notoria y reconocida actualmente que el proletariado de Rusia vive

bajo el régimen del salarido y que el trabajo es retribuido según una escala de salarios muy complicada y cuya aplicación corresponde al Consejo superior de la Economía Nacional, engranaje importante del Estado *proletario*.

¿Y el Patronato? Decir que el Salarido no ha sido suprimido y que, si lo fué, ha vuelto a restablecerse, es decir que lo mismo ha sucedido con el Patronato.

El pequeño Patronato y el Patronato medio ya florecen en Rusia. La política económica puesta en vigor al principio por el Partido Comunista, está en plena bancarrota y el desastre que los dictadores comunistas procuran de enmascarar con la expresión militar de *retirada estratégica sobre el frente económico*, tiene por resultado el de introducir en el país al gran Patronato. Lo que escapa todavía al Patronato, pequeño, medio y grande, está debajo del patrón de los patronos: el Estado, dicho proletario.

¿Tenía o no razón al decir que, para reducir a la nada la tesis de los partidarios del Estado proletario, no se podría elegir nada mejor que la misma experiencia rusa?

Es necesario elegir

Cuando la Comisión Administrativa de la C. G. T. U. afirmó el carácter esencialmente antiestatal del Sindicalismo, no ha hecho sino concretar en una forma lapidaria y en términos limpidos, la tesis que termino de desarrollar.

Que esta tesis sea la verdadera tesis sindicalista es lo que confiesan todos los sindicalistas conscientes.

Por lo demás, sobre este punto el sentimiento es unánime y hasta los que se oponen con más fuerza a la adición de estas palabras: *desaparición del Estado*, no vacilan en declarar que en principio y en cuanto al fondo, ellos están completamente de acuerdo con los que piden, ese agregado. Es la confesión de que: *supresión del Salarido, abolición del Patronato y desaparición del Estado* están asociados y no pueden marchar separadamente.

Su oposición no es, entonces, una oposición de doctrina. Ella proviene de circunstancias. Ellos estiman que a las coyunturas presentes, este agregado lleva la marca de una tendencia a la cual ellos

deshonrar a todo el que se hiciera culpable de ellas.

Es difícil y será desleal desconocer que pronunciándose contra el Estado el Sindicalismo toma posición contra el Estado proletario tan firmemente como contra cualquier otra forma estatal.

Se desprende de esto que el gobierno con sede en Moscú, y que se etiqueta *Estado proletario*, se encuentra comprendido en la reprobación con la cual el Sindicalismo combate al Estado, sea cual sea.

¿Quién tiene la culpa?

Amigos de la Revolución rusa todos los sindicalistas lo son, todos están unidos en una admiración profunda y un afecto ferviente por el pueblo que ha expulsado a sus antiguos amos. Pero no se creen obligados a confundir la Revolución rusa con el Gobierno que, por medio del engaño y del terror, el Partido Comunista de Rusia impone al proletariado de ese desgraciado país, y no se sienten ligados, ellos, sindicalistas, a un Estado que, no habiendo suprimido ni el Salarido ni el Patronato, no ha, de ninguna manera emancipado al proletariado ruso.

¿Tiene o no el Sindicalismo el deber de obstaculizar todo lo que obstaculice la supresión del Salarido y del Patronato?

— Sí. ¿Sí o no, el Estado, dicho proletario, ha abolido el Salarido y el Patronato? — No.

Y bien; entonces ese Estado, organizador del Salarido, sostén y defensor del Patronato, debe ser combatido y desaparecer como los otros!

Simple etapa, se objeta. Etapa inevitable, faz transitoria, tan breve como es posible.

Conocemos el ritornelo; no es nuevo; ha servido tanto, en todos los tiempos, en todos los países y todos los regímenes, que ya no puede engañar sino a los ignorantes y los crédulos.

Los adornadores han usado y abusado de *la etapa inevitable, de la transición necesaria*.

¡Ah! cómo será fácil establecer que, al día en que el proletariado tenga la fuerza necesaria para suprimir el Salarido y el Patronato, tendrá también la de suprimir al mismo tiempo al Estado! ¡Y negar así el carácter necesario, inevitable, de la famosa etapa!...

Pero admitamos la etapa, pues de todos modos esta concesión no tiene consecuencias.

La etapa es una parte de la ruta a recorrer; es un paso dado en dirección a la finalidad; no es la finalidad perseguida, pues queda por perseguir. Es un alto de duración más o menos larga, que permite al caminante recuperar, con el reposo y la restauración de las fuerzas gastadas, la energía que necesita para continuar.

Pongámonos bien en la cabeza que la etapa es un simple momento concedido a la fatiga que comporta el largo recorrido y las dificultades de la ruta, que es la marcha suspendida un instante, pero no terminada todavía.

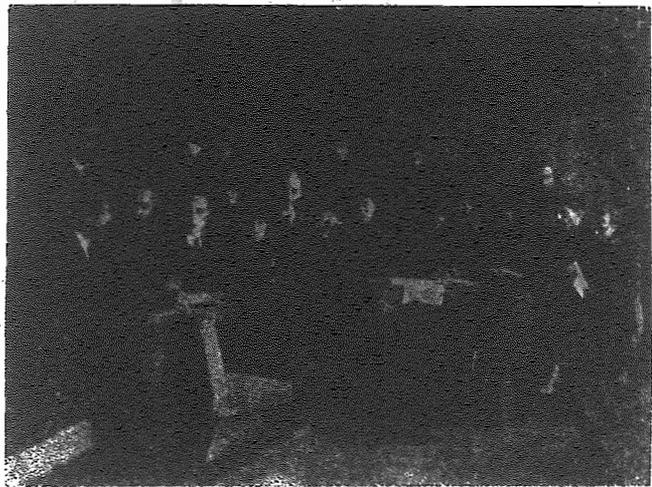
La etapa es un descanso que impone una resistencia, un obstáculo; descanso que el Sindicalismo, en marcha hacia su emancipación integral consagra a recogerse, para ver el obstáculo de cerca y bien de frente, para repliegarse sobre sí mismo, para reunir sus fuerzas dispersas, para espigar el momento favorable al ataque y, llegado ese momento, saltar, impetuoso e irresistible, sobre el obstáculo y destruirlo.

No es, por lo tanto, en la lucha, ni el armisticio ni la paz. Es todavía y a despecho de las apariencias más violento que nunca, el estado de guerra feroz e implacable.

Esta guerra, sin duda, durará mucho tiempo; será seguramente dura, áspera y terrible. Estará hecha de éxitos y reveses. Detrás de los unos y de los otros, debidos a excepcionales esfuerzos, habrá compases de espera determinados por las fases múltiples, por los diversos aspectos de la guerra en curso.

Peró los militantes sindicalistas tendrán que mantenerse constantemente en estado de defensa o de ataque contra los patronos y los gobernantes, sean cuales fueren. No tendrán por qué encarsar en forma distinta la paz o la colaboración con los patronos de mañana como lo hacen con los patronos de hoy; con los "Comisarios del pueblo" del Estado pro-

Notas gráficas del entierro de Kropotkine



Comité anarquista para la organización del entierro

De izquierda a derecha, parados: Atabekian, Robintschik, Sandomirski, Petrowki, Lebedjeff, Jartschuk, Leo Tschorni (más tarde asesinado por la Tcheko) Askarow, Pawloff, Barmasch, T. Schapiro, Alexander Berkman, Borowoj, Pyrro, L. Gogelia, Maximoff, Markus, Anosow.

Sindicalistas, reflexionad. Aplicad a ese problema un esfuerzo imparcial y un poco de detenida meditación, y estoy seguro que ese esfuerzo os conducirá directa y necesariamente a las conclusiones siguientes:

1.º La abolición del Salarido y la supresión del Patronato implican fatalmente la desaparición del Estado;

2.º El mantenimiento o el restablecimiento del Estado, bajo cualquier forma, entraña fatalmente el mantenimiento o el restablecimiento del Patronato y del Salarido;

3.º En consecuencia, si es exacto y si se admite que la emancipación integral del proletariado, finalidad que persigue el Sindicalismo, está subordinada a la supresión del Salarido y la supresión del Patronato, es también exacto y es necesario reconocer que la realización de esa finalidad está igualmente subordinada a la desaparición del Estado, porque el mantenimiento del Estado — de todo Estado — comporta ineludiblemente la supervivencia del Salarido y del Patronato.

De lo que antecede yo desprendo el siguiente dilema: o bien el sindicato tiene el deber de perseguir la supresión del Salarido y la abolición del Patronato, y, en este caso tiene el deber de perseguir, y por las mismas razones, también la desaparición del Estado; o bien el Sindicalismo no debe perseguir la desaparición del Estado y, en ese caso, debe renunciar a perseguir la supresión del Salarido y la abolición del Patronato.

niegan su adhesión; que ella expresa, con respecto al Estado que tiene su sede en Moscú, una desaprobación formal, que, en fin, ella niega la necesidad de una etapa — que les parece inevitable.

Es perfectamente exacto que la desaparición del Estado está incluida en la concepción anarquista y que, no abandonando nada de su doctrina de libertad, denunciando fuertemente los crímenes del Estado, convencidos de que el Estado es enemigo mortal de cualquier régimen de libertad positiva, los anarquistas son los irreductibles enemigos del Estado y persiguen su destrucción.

Si resulta que la emancipación integral de la clase obrera tiene por condición *sine qua non* la desaparición del Estado — y yo me atrevo a creer que la prueba ha sido hecha: categórica, perentoria, por la historia, por la experiencia y por la razón—esto prueba, simplemente, que sobre este punto — y no es el único — el sindicalismo y el anarquismo tienen fines comunes.

Esto basta para explicar: por una parte: el por qué trabajadores que son anarquistas militan en los sindicatos, y por otra parte, por qué todo sindicalista sincero es un anarquista en potencia.

¿Sería digno de los sindicalistas que no son anarquistas, negarse a luchar contra el Estado, porque esta lucha está inscrita en el primer rango de las reivindicaciones libertarias?

Si prevaleciera esta consideración, sería el mezquino indicio de una baja de conciencia y de una estrechez de espíritu que bastarían para descalificar y

letario, como con los ministros del Estado burgués; con los delegados de la Justicia comunista como con los magistrados de la Justicia capitalista; con los oficiales del ejército rojo como con los graduados del ejército blanco; con la Tcheka como con la policía.

Hay allá idénticos obstáculos a la emancipación integral de la clase obrera y el Sindicalismo no podrá descuidarlos sin faltar a su misión. Como siempre él está y estará con los explotados contra los explotadores, con los oprimidos contra los amos.

Así lo quiere, lo exige imperiosamente la finalidad que él tiene la inquebrantable voluntad de alcanzar: la emancipación integral del proletariado.

No le será permitido deponer las armas hasta que esa finalidad sea completamente realizada por la supresión del Salariado del Patronato y del Estado.

Sebastian FAURE

La terminación de este estudio: Sintesis Conclusión, aparecerá próximamente.

A PROPOSITO DE JULIO GUESDE

El partido socialista hizo a Julio Guesde imponentes funerales.

Olvidando que el difunto había permanecido fiel a la S. F. I. O. y que, como tal, no era más que un vulgar reformista, un franco colaboracionista y un peligroso "pequeño burgués", el partido comunista, con su comité director a la cabeza, y las banderas de sus secciones desplegadas, escoltó oficialmente sus despojos mortales.

Casi toda la prensa burguesa, sin exceptuar la más cínicamente reaccionaria, exaltó la "elevada inteligencia, la sólida cultura, la integridad, el desinterés, la clarividencia y... el patriotismo" del antiguo ministro de la defensa nacional.

Yo sé bien que el respeto religioso de la muerte inclina a los adversarios más fogosos y a los plumíferos más corrosivos ante el enemigo que acaba de sucumbir y es a esa costumbre, sin duda, a lo que Julio Guesde debe los testimonios unánimes de estima y de admiración que le acompañaron.

Es un espectáculo cuya constante repetición no disminuye el carácter prodigioso, el de esos hombres públicos y sobre todo esos jefes de escuela o de partido, a quien los adversarios dispararon flechas las más envenenadas de sus carcajes y a quien esos mismos adversarios cubren complacientes de flores su cadáver.

Sucede esto a causa de que el hombre público, el jefe de escuela o de partido, no es ya de temer cuando la muerte ha sellado sus labios para siempre, roto definitivamente su pluma, puesto un término a su acción? Quizás. ¿Es, tal vez porque en esa lucha sin cuartel que pone en batalla a los jefes, la muerte que se abate sobre estos proyecta sobre sus cualidades y sus virtudes, que el odio ciego impedía ver, una luz que hace resaltar sus méritos? Es posible. ¿Es porque el odio y la rivalidad adormecen en la conciencia humana el sentimiento de la justicia y porque el enemigo, en lo sucesivo sin defensa, despertaría ese sentimiento? Sin duda.

Siempre he sido inclinado a creer que la exaltación de las virtudes del jefe que expira procede de una causa menos oscura y más interesada. Y pienso que esa causa es el interés que los jefes sobrevivientes tienen de glorificar al jefe muerto, a fin de mantener en el espíritu de sus propios partidarios la veneración, la confianza y la sumisión, sobre las que fundamentan los jefes las bases de su dominación.

Pero en este un orden de consideraciones ajenas al objeto de este artículo. Dejo a los historiadores y a los filósofos la tarea de profundizar la materia y vuelvo a Julio Guesde.

Había muerto hace mucho tiempo el Guesde que los viejos militantes han conocido y al que escuché yo mismo hace unos cuarenta años.

Fogoso, rudo, sarcástico, amargo, sembraba a través del país el odio a la clase capitalista y la esperanza en una humanidad fraternal.

Su verba carecía de ornamento, pero era de una precisión rara y de una asombrosa claridad. Su argumentación era seca, árida y desarrollaba su pensamiento a modo de un teorema: pero su dialéctica era cerrada, sustancial y persuasiva en el más alto grado. Su voz era ronca, su tono cascado, su aspecto dominador; su gesto incisivo y angular, tenía la apariencia de una segur que hiende, de un hachazo que abate o una antorcha que incendia y, por consiguiente, cuando la segur hendía, veíanse separar claramente las dos clases; cuando caía el hachazo se oía crujir y, a los golpes redoblados de este rudo leñador, caer una de estas instituciones: Parlamento, patria, religión, ejército, magistratura, que, reuni-

distinción de nacionalidad ni de raza, y a oponer la internacional obrera a la internacional capitalista.

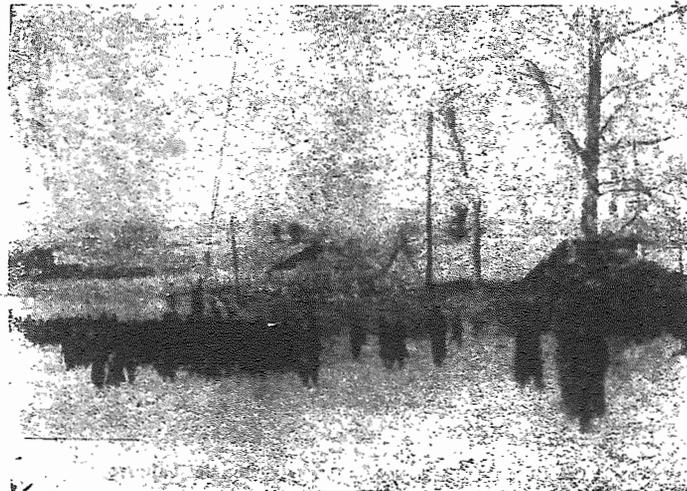
En aquel tiempo, Guesde era y se declaraba altamente revolucionario e internacionalista.

Este Guesde ha muerto hace más de treinta años. Ha muerto aquel día en que siguiendo el ejemplo de la social democracia alemana puso el dedo en el engranaje parlamentario y arrastró a él el partido socialista.

Ha muerto, cuando en 1893 (hace 29 años) Julio Guesde fué enviado a la cámara por los electores de la ciudad de Roubaix, en esa circunstancia llamada la "Meca socialista". En ese momento se dijo — yo guardé el recuerdo preciso — de la entrada del jefe del socialismo francés en la cámara de diputados: "Es la dinamita revolucionaria que viene al Palais Bourbon. Dentro de poco esa dinamita hará explosión y hará saltar este antro de bandidos".

Julio Guesde permaneció en el antro;

Notas gráficas del entierro de Kropotkine



Un grupo de anarquistas en dirección a la casa de Kropotkine.

das, parecían un bosque profundo donde se refugia el crimen; cuando la antorcha incendiaba, se sentía algo como el calor de la inmensa hoguera que reducía a cenizas las Iglesias, los castillos; los cuarteles, los palacios, las cárceles.

En aquel tiempo Guesde enseñaba y demostraba que el sufragio universal es el engaño embustero y la más odiosa de las mistificaciones; proclamaba que los explotados no tienen patria y que, despojados de todo, los trabajadores no tienen nada que defender: afirmaba que la obra parlamentaria es estéril y establecía que, condenada a moverse en el cuadro de la legalidad, la acción política, no puede abocar más que a las reformas que, con una de esas espresiones lapidarias de que tenía el secreto, llamaba: "cauterios sobre una pierna de palo".

En aquel tiempo, Guesde, lejos de repudiar la violencia, atestiguaba, con ayuda de la historia y de la lógica, que la fuerza "es la única partera de las sociedades", que la clase explotadora no renunciará nunca benevolamente a los privilegios que debe a la usurpación, al engaño, a la mentira, a la fuerza sistemáticamente organizada, a la violencia socialmente constituida, y de esa indiscutible constatación, concluía que solamente la revolución brutal, inflexible, sangrienta, preluiría la emancipación del proletariado. No dejaba de repetir que la emancipación de los trabajadores sería obra de los trabajadores mismos y no la misión de los jefes que aceptaban.

En aquel tiempo Guesde exhortaba a "los proletarios de todos los países a unirse por encima de las fronteras, sin

la dinamita no hizo explosión; el antro no voló, y es Guesde, al contrario, el que, lentamente, sin que le haya sido posible resistir, sucumbió al mal que invade y mata, por robustos que sean, a todos los que viven en la atmósfera apesada de esa caverna de bandidos.

Al principio el mal es imperceptible; obra a la larga; se infiltra en los tejidos; ejerce sus estragos sobre los organismos más accesibles; invade las naturalezas más débiles; poco a poco ataca a los organismos más vigorosos; se desliza insensiblemente en las constituciones más sanas, penetra en la sangre y la corrompe; llega a un momento en que basta que surja una circunstancia un poco grave para que el enfermo sucumba.

Millerand, Viviani, Briand, Angagneur, Gabriel Deville, André Lefevre, S. L. Breton, Colliard, Lobert, cincuenta más, que han sido conquistados y dominados por ese mal: estos hombres no le oponían, no podían oponerle, una resistencia seria.

Julio Guesde estaba en estado de oponerle una constitución revolucionaria más sólida; pero era fatal que tarde o temprano sucumbiese.

En cuanto al nombre de la Unión sagrada, que había siempre declarado imposible, en nombre de la defensa nacional que no había cesado de negar, este socialista intransigente, este revolucionario indomable, este irreducible internacionalista, consistió en poner su mano en la de sus enemigos de clase, en hacerse, en el gobierno, el colega y el cómplice de los Poincaré, de los Millerand y de los Denys Cachin, se puede decir que el mal

parlamentario había invadido a todo, el Julio Guesde, que estaba en la tierra, que no quedaba ya nada de aquel que había antes poseído a través del país la segur que hiende, el hacha que abate, la antorcha que incendia. Oh, tristeza de los tiempos actuales! La política — y entiendo por esto, no la ciencia de una organización social destinada a universalizar el bienestar y a fundar y a establecer entre todos los humanos relaciones de justicia y de fraternidad, sino el arte de gobernar, de que Maquiavelo trazó el fundamento, las reglas y la técnica, — la sucia, la horrorosa, la repugnante política, la política artificiosa y perversa, hecha de intriga, de caudillismo, de verbalismo seductor, constantemente desmentido por las maniobras gubernamentales, la política de mentira, de simulación, de cobardía, de corrupción y de crueldad, por decirlo de una vez: la inmunda política, ¿va a continuar esterilizando los esfuerzos de todos aquellos que tienen sed de liberación?

¿Va a continuar engañando a unos y desmoralizando a otros? ¿Va a continuar desprestigiando la revolución y descalificando a los que, en el espíritu de la masa poco instruida encarnan, bajo la etiqueta de los socialistas o de los comunistas, la idea misma de la revolución?

¿Va a continuar sembrando el desaliento, la dispersión de las fuerzas, el debilitamiento de los efectivos?

¿Va a continuar contristando el corazón, embotando la energía, obscureciendo el pensamiento de los proletarios dispuestos a marchar contra las instituciones que sufren?

Envenena una parte de la clase obrera: llegará un día, si no se pone raya a esa intoxicación progresiva, en que será demasiado tarde para desembarazarse de ella. ¡Pronto, pronto, decidirse a curarla!

He leído estos días los artículos publicados sobre Julio Guesde en la prensa llamada de vanguardia. He leído también los numerosos discursos — reproducidos por *Le Populaire* — pronunciados en el Columbarium por los representantes más calificados del socialismo internacional.

Periodistas y oradores saludaron en Guesde — podrían dispensarse de hacerlo? — al apóstol que, desde 1878 a 1892, escuchaban los revolucionarios, amaban y estimaban; pero al que sobre todo glorificaron, es al fundador del partido obrero francés, al parlamentario, al animador, al maestro que predigaba a sus más íntimos discípulos, sus consejos, sus instrucciones, sus recomendaciones, sus ordenes, en una palabra, al jefe de partido y de escuela.

La masa no conocía apenas a este jefe que, desde hace muchos años, se callaba, dejando a los Blum, a los Bracke, a los Comperé-Morel, a los Delory y a los Sebas, de que el proletariado se aleja más y más, el cuidado de expresar su pensamiento y de exponer su doctrina.

Se pudo ver el olvido en que este jefe cayó con motivo de sus funerales. Hace treinta años, la muerte de Julio Guesde hubiese provocado en el mundo obrero una prolongada emoción y cien mil trabajadores parisenses habrían seguido el cortejo fúnebre. El domingo, yo estaba a la puerta del Pere Lachaise durante el paso del cortejo. Poca gente, y si se exceptúan los delegados, los portadores de coronas y banderas, los elegidos, los amigos personales, los miembros de los comités y de las juventudes convocados y que acudieron por deber, se podría decir que no había nadie.

El corazón del proletariado parisense no estaba allí y, en los barrios obreros próximos al cementerio en que reposan las cenizas de Julio Guesde, la multitud amontonada sobre las verdaderas miraba callada, indiferente, simplemente curiosa, pasar el desfile de las banderas desplegadas, de los diputados ceñidos con su banda.

Nada de emoción, nada de sentimiento, nada de tristeza. ¡No! El corazón de la multitud no estaba allí. Instintivamente el pueblo de los trabajadores, siempre engañado, traicionado, decepcionado, se aleja de los que aspiran a dominarlo, comienza por olvidarlos y acaba por odiarlos.

¿Cuánta razón tiene!

S. F.